Año V. Jueves 5 de Marzo de 1896 Núm. 95.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

SECCIÓN OFICIAL

Acta de la sesión privada celebrada el día 23 de Febrero de 1896

Rezadas las preces de costumbre, abrióse la sesión bajo la presidencia de D. Casimiro Comas y Doménech y con asistencia de los académicos Sres. Tornero, Trabal, Soler, Forcada, Estrada, Gui, Maymó, Parés (M.), Boter, Solá, Bellido, Vallés, Llorens, Fortuny, Valls, Carreras, Padró, Perdigó y Barella, dióse lectura del acta de la sesión anterior, siendo aprobada. A continuación el Sr. Presidente dió cuenta de haber sido admitidos, en calidad de académicos supernumerarios, á D. Baltasar Llorens, D. José M.ª Fortuny y D. Pedro Salas, anunciando una vacante de académico de número que deberá proveerse según previene el Reglamento.

El académico Dr. Trabal dió cuenta de la forma en que la comisión nombrada en la sesión anterior había desempeñado su cometido de dar á la familia de D. Rafael Marsá el más sentido pésame en nombre de la Academia por la irreparable pérdida que había sufrido, y toda vez que la familia Marsá había manifestado su deseo de continuar la suscripción á la Revista que esta Academia publica, propuso el Sr. Trabal, y así por unanimidad se acordó, que se le enviase gratis, haciendo constar la satisfacción de la Academia por las indicaciones de D. Rafael Marsá y Carbonell.

Concedida la palabra al Sr. Solá para desarrollar el anunciado tema «El interés y la usura,» empezó el disertante haciendo notar en correcta frase el carácter de lucha que distingue á la sociedad de nuestros días, carácter del que participa la Economía política, por tener su campo de acción y sujeto dentro de la sociedad, influencia que, según opinión del disertante, se manifiesta por lo vacilante de los principios de dicha ciencia, mal que ha aumentado al coincidir su formación con el recrudecimiento de la cuestión social en forma de lucha entre el capital y el trabajo, y consecuencia directa de esta indeterminación de principios, es la perplejidad que se nota en los tratadistas al señalar la órbita de acción de la Economía. Entrando de lleno en la materia objeto de la disertación, encareció la importancia de las funciones económicas, haciendo notar que los preceptos de las supremas razones en el orden económico, debe hacerse en la Moral como razón suprema

que es del recto obrar del hombre; hace notar la importancia del tema, pues considera la usura una circunstancia agravante del problema social, apoyándose en esta afirmación con un párrafo de la encíclica «*Rerum Novarum.*» Juzgó las palabras *interés* y *usura* como expresión de dos manifestaciones de un mismo fenómeno, pues considera la usura como exageración abusiva del interés, y analizando el fenómeno producción y sus tres elementos constitutivos trabajo, capital y agentes naturales, y la remuneración que deben obtener al coadyuvar á la producción, fija el concepto de *interés*, parte que toca al capital, y lo explica y justifica en el terreno económico; hizo notar el hecho de que en todos tiempos ha sido odiado el interés, atribuyéndolo á que es la manifestación más envidiada de la riqueza, y sentando la opinión de que el interés debe estar y está siempre en proporción á la privación y al riesgo, y que la usura es un mal necesario que en ocasiones produce algún bien.

En vista de lo avanzado de la hora el Sr. Presidente suspendió la sesión, reservando la palabra al Sr. Solá, cuya conferencia le valió sinceras felicitaciones por la competencia que en materias económicas revela.

Antes de abandonar su sitio la Presidencia, dió cuenta del nombramiento de dos académicos numerarios á favor de los Sres. Boter y Cunill, y que en Zaragoza se había constituído una nueva Acadeima Calasancia dirigida por el sabio y virtuoso P. Sin, y que inaugurará sus tareas inmediatamente.

Felicitó á la nueva Academia, poniéndose incondicionalmente á sus órdenes. Y no habiendo más asuntos que tratar se levantó la sesión á las doce de la mañana.

Barcelona 24 de Febrero de 1896.

El Vicesecretario,
MIGUEL BARELLA.

El próximo domingo, día 8, celebrará la Academia Calasancia sesión pública en honor de su patrón Santo Tomás de Aquino. Los señores socios pueden pasar á recoger sus invitaciones en Secretaría.

Barcelona 1.° de Marzo de 1896.

El Presidente,
A. TORNERO DE MARTIRENA.

El Secretario,
ALFREDO ELÍAS.

PERSONAJES HISTÓRICOS

SANCHO DAVILA

Hallábase en todo su furor la contienda político-religiosa que había de terminar por el convenio de «Passau» y la paz de «Augsbourg;» dos partidos en armas luchaban por la supremacía de sus ideales en el imperio germánico: torpemente llevado el uno, obedecía á los príncipes luteranos, más presuntuosos que hábiles en la guerra, arrollándolo sin cesar el otro, cuyas huestes

mandaba el emperador Carlos de «Gante,» que al reparar con brillantes golpes los desastres de «Provenza, Argel y Cerisoles,» aun era digno de que se le titulase afortunado César, tanto más cuanto que las amargas catástrofes de «Inspruck» y de «Metz» escondíalas la Providencia entre la bruma de sus futuros designios. El ejército de la Reforma, próximo á su ruina y dispersión, pero fuerte en número, cediendo sin gloria ni honra el terreno, cubrióse de sus perseguidores con el célebre río que desemboca en el mar del Norte, formando la ría de Hamburgo, después de dividir la Alemania en dos partes; no tardaron mucho las tropas imperiales en llegar á las márgenes del Elba, que decidieron franquear por unos vados muy profundos para la infantería, siendo precisa la construcción de un puente, á fin de que ésta y el material de guerra verificasen el paso; la corriente, algo rápida y ancha de trescientos pasos, exigía mayor suma de barcas que las acopiadas, y el enemigo imposibilitaba el aumento, pues cuidó de retirar á la orilla opuesta, defendiéndolas con sus fuegos, todas las embarcaciones útiles. Era el 23 de Abril de 1547, fecha memorable, no por la importante victoria de «Muhlberg,» que fué su consecuencia, sino á causa de haber sido testigo de una de esas hazañas que parecen legendarias y son tan comunes á los españoles de todos los tiempos; diez hombres lánzanse repentinamente al río, nadan con la espada entre los dientes, despreciando los proyectiles que hacen llover sobre ellos los sajones, llegan hasta sus adversarios, les arrebatan las barcas á cuchilladas y las llevan triunfantes al campo imperial, dejando estupefactos al monarca y á los presenciales de tanto valor y audacia.

Uno de aquellos diez héroes, jóven de veintidós años y soldado en los tercios españoles, llamábase «Sancho Davila.» De cuna hidalga nació en Avila de los Caballeros el 21 de Septiembre de 1523, siendo sus padres D. Antón Vázquez Davila y D.ª Ana Daza; dícese que, consagrado á la carrera eclesiástica, trocóla súbitamente por la de las armas á su regreso de un viaje que hizo á Roma; y por cierto que ésta cuadraba mejor á sus aptitudes y carácter. Desde el paso del Elba la mirada poderosa del duque de Alba, fija en él, supo descubrir la valía de tan intrépido guerrero, y su influencia valióle para ser colocado en todos los trances militares que requiriesen el empleo de hombres de acción.

Ofrecióse á Carlos V una dichosa oportunidad de herir con rudo golpe á la piratería del Mediterráneo; el más temible de sus jefes, Dragut, ocupando un fuerte paraje de la costa africana, lo convirtió en su plaza de armas, denominándola «ciudad de Africa» (en otro tiempo «Turris Annibalis,» á 28 leguas de Túnez), y era un asilo inexpugnable casi. Contra esta guarida fueron bastantes naves y tropas de desembarco, mandadas por Doria, García de Toledo, maestre de campo del tercio de Nápoles; los mahometanos defendiéronse tan bien, que ibase haciendo largo

y peligroso el sitio; entonces imaginaron los atacantes aportillar el muro, protegido por las olas, desde una improvisada bateria flotante; abierta brecha, dos hombres la escalan á la cabeza de los otros, luchando heroicamente al coronarla—D. Hernando y Sancho Davila;—muere el primero en el combate, y el segundo, ileso, abre paso al resto de las tropas, que se apoderan de la ciudad. A consecuencia de esta hermosa hazaña, debió conferirse á «Davila» el empleo de alférez, si ya no lo disfrutaba, como lo hace creer la circunstancia de subir al asalto con el maestre de campo, llevando la bandera que debía enarbolar éste en la conquistada muralla.

El duque de Alba colocó al valiente avilés en las tropas á sus órdenes durante las campañas que siguieron contra los franceses de Italia, mandados por Guisa, y en la segunda guerra que en el siglo XVI hizo España á la Sede Pontificia.

Gobernaba el estado de Sicilia el duque de Medinaceli, cuando el rey de España dispuso que dicho virey tomara el mando en jefe de la escuadra que tenía dispuesta contra turcos y berberiscos; ocioso es repetir detalles harto conocidos de unas operaciones que terminaron por el completo aniquilamiento de los expedicionarios en la «Isla de los Gelbes» en Junio de 1560. «Sancho Davila» iba entre ellos y cayó prisionero con Alvaro de Sande; llevado cautivo á Constantinopla, la recomendación que de su valor y constancia hicieron tal vez los enemigos, valióle ser puesto en libertad poco tiempo después, sin que conste pagara rescate. Recompensa de tantos hechos de armas fué la concesión del empleo de «capitán ordinario de infantería,» otorgada por Felipe II en 15 de Julio de 1561, con el sueldo anual de cincuenta mil maravedises. A este acto de justicia siguieron dos pruebas de confianza por parte del monarca, las cuales demuestran el aprecio que ya se hacía de los méritos de Davila: fué la primera una comisión real en las costas de Valencia, y la segunda su nombramiento de gobernador de Pavía, según despacho de 24 de Diciembre de 1562. El nuevo castellano desempeñó su cargo, protestando siempre de que prefería servir á Felipe y á su patria en los azares de la guerra, que en forzada inacción; sus deseos viéronse cumplidos antes de mucho.

Cegado Felipe II por las excitaciones del duque de Alba y desoyendo los prudentes razonamientos de voces patrióticas y amigas, entre ellas la de su hermana «Margarita» y un poco más tarde la de «San Pío V,» decidió tratar á los Países Bajos con un rigor que fué para España manantial de glorias é inagotable sima en la que se arrojaron infructuosamente ejércitos y tesoros. El mejor estratégico de su tiempo, al frente de las tropas más afortunadas y temidas del mundo, llegó á Flandes en 1567, dispuesto á cumplir su terrible misión; entre sus oficiales iba Sancho Davila, que fué nombrado capitán de la guardia ducal,

por el pronto, debiendo á esta circunstancia el cooperar al golpe de Estado del 8 de Septiembre en Bruselas, con la prisión del héroe de San Quintín y Gravelinas. Los historiadores que tan severamente han juzgado dicho arresto por la forma falaz y artera de prepararlo, no tienen reproches más que para el de Alba, pues Davila obró como cualquier otro subalterno en sus mismas condiciones. Pudo en un principio, el nuevo gobernador de los Paises Bajos, descargar su odio hacia los flamencos impunemente; el espanto era unánime en todas partes; pero algunos emigrados al año siguiente quisieron persuadir á sus compatriotas de que valia más caer luchando en el campo con las armas en la mano, que dejar la vida en patíbulos y cámaras de tortura; reunidas varias bandas de aventureros, invadieron el pais por tres puntos distintos para levantarlo en contra de su duro gobernante. El duque de Alba hizo frente con pericia y rapidez á las tres columnas enemigas, siendo Davila comisionado para batir á una de ellas que avanzaba por la línea del Mosa; el dia 25 de Abril de 1568 alcanzó á los contrarios, ya en retirada, á la vista de «Dahlen,» población cercana á «Lieja:» el combate fué breve, y de la completa derrota, degenerada en carnicería, se salvaron muy pocos, gracias á la fuga. Este brillante éxito vióse amargado por el desastre que sufrieron en aquellos dias don Gonzalo de Bracamonte y el conde de Aremberg en «Heiliger-Lee:» el de Alba quiso vengar personalmente el descalabro y se puso al frente de numerosas tropas, alcanzando en 21 de Julio la victoria de «Geminghen,» á la que contribuyó Davila, merced á su acción sobre los diques y custodia de ellos. Tuvo el duque vencedor que acudir otra vez al Mosa, en cuyas márgenes operaba el príncipe de Orange con tropas numerosas; bastó que los españoles y su jefe se encerrasen en el campo atrincherado de «Maestricht,» para que se desvaneciera al poco tiempo el ejército contrario, refugiándose sus últimos restos en Francia á fines de Diciembre de aquel año, no sin librarse algunos combates parciales al picar la retaguardia orangista; en el paso del río «Geest,» Sancho Davila distinguióse personalmente, y en «Quesnoy» fué herido en un muslo, conteniendo además el desorden que produjo una brusca reacción del enemigo, merced á su denuedo. La primera campaña estaba terminada.

A principios de Abril de 1572, cuando los excesos del duque de Alba habían apurado ya el sufrimiento de los pueblos, súpose con extrañeza, en medio del abatimiento general, que unos proscritos se atrevieron á tomar por sorpresa la plaza de «la Brielle,» en la isla de «Woorne:» poco después muchas ciudades y pueblos de Holanda, asegurando ser fieles á España y al rey Felipe, se sublevan contra el de Alba; la frontera se ve amenazada por una invasión francesa, y los insurrectos ganan terreno en Zelanda, hasta sitiar á «Middelbourg.» Sin perder mo-

mento, el duque ordenó á Sancho Davila que con una escuadrilla y soldados escogidos marchase por el Escalda y desembarcase en la isla de «Walcheren,» previniéndole que levantara el sitio de la capital y limpiase el territorio de enemigos. Davila salió de «Berg-op-Zoom» á fines de Abril, realizando en su cometido hazañas tales, que le valieron el sobrenombre de «Rayo de la guerra.» Sus combates en los pantanos y canales, las marchas con agua hasta el pecho, la dispersión de los sitiadores y otras heroicidades que llevó á cabo, parecían fabulosas á no estar confirmadas; pero tanto se debilitó la gente á sus órdenes, que cuando fué llamado por el duque á otro teatro de operaciones, hubo de ejecutar una retirada llena de peligros, abriéndose paso á viva fuerza á través de fuerzas navales superiores en número. Incorporado á su general en Bruselas, acompañóle en Agosto al sitio de «Mons,» de cuya ciudad era ya dueño el conde Luis de Nassau, marchando el príncipe de Orange á socorrerle desde «Roermonde.» Sancho Davila, según las órdenes recibidas, atrincheróse cuidadosamente en «Jemmapes,» y esperó á los que venían á levantar el cerco, sin permitir que la tropa se moviera de las obras, ni hiciese demostración agresiva hasta mandarlo expresamente; los orangistas, muy satisfechos con su movimiento sobre el flanco sitiador, llegaron á muy corta distancia de las mudas trincheras, á medio tiro de arcabuz; un fuego terrible parte de ellas, los diezma, y, por último, emprenden la retirada, teniendo lugar este hecho de armas el 9 de Septiembre. Durante la noche del 11 al 12 el príncipe se ve sorprendido en su campamento y abandona el «Hainaut;» Mons capitula el 21.

La población zelandesa de Goes, en la isla de «Zuid Beveland,» guarnecida por españoles, al mando del capitán Isidro Pacheco, estrechamente bloqueada por los insurrectos, requería pronto auxilio; Davila y Mondragón se lo llevaron á costa de mil penalidades, y su recompensa fué ahuyentar al enemigo de aquellos parajes en el mes de Octubre.

Al empezar el año 1573, los negocios de España en Holanda y Zelanda iban tomando muy mal aspecto; en vano el duque de Alba, para aterrar á los pueblos, había hecho perecer á muchas gentes, y dado al incendio y al saqueo algunas ciudades; la insurrección, en medio de tantos estragos, cobraba nuevos bríos; á las numerosas ejecuciones capitales respondía el país nutriendo las filas de los alzados en armas; éstos defendíanse cada vez mejor, y, dueños del mar, enseñoreábanse de las costas é islas y bloqueaban las desembocaduras de los ríos principales. Middelbourg pidió socorro; Alba, que desde «Nimègue» observaba la línea del Rhin y el sitio de «Haarlem,» mantenido por su hijo D. Fadrique, con treinta mil hombres, el 22 de Febrero expidió la orden á Sancho Davila para que tomase «treinta bajeles gruesos de guerra y otras charrúas y barcos de armada» y avituallara

la isla de Walcheren. Pocas veces vióse Davila más apurado en el cumplimiento de su deber; á duras penas pudo ejecutar la misión confiada; recibió una herida en la cabeza, y su regreso á Amberes fué un combate continuo, en el que harto hizo salvando casi toda la escuadra. Tranquilo se hallaba en la guarda interina de la ciudadela brabanzona, cuando una carta de su general y protector, fechada en Utrecht el 27 de Julio, llamóle á su lado con encargo de llevarle cien mil escudos después de cobrarlos. Es notable el siguiente párrafo, que bien á las claras descubre las angustias del magnate y la confianza que tenía en el subalterno: «... que á mis necesidades no sé echar mano de otro sino de Vm., porque tan á mi honra me sacáis de todas;» las tropas españolas eran ya dueñas de «Haarlem» desde el día 12, pero dos semanas después rompieron los lazos de la subordinación en aquel inaudito motín, causa de tantas humillaciones y amarguras para la familia de Alba.

A esta larga sedición de los tercios, á la derrota de la escuadra en «Enkhuizen,» al descalabro no reparado de «Alkmaar» y á la levantisca é insolente actitud del soldado para con sus jefes, síguese un forzoso entorpecimiento en la ejecución del plan de campaña, que aprovechan los enemigos. El duque, abatido por la gota y los pesares, retírase á Bruselas; reanímale su fiel discípulo y recobra su energía, proponiendo á Felipe II el incendio y devastación del país entero; entre tanto el ejército—cuando es posible triunfar de su mala voluntad—gana algunas fortalezas. El monarca desecha el proyecto y reemplaza decididamente á su autor en el gobierno de los Países Bajos por D. Luis de Requesens, quien, al verse obligado á combatir una insurrección formidable con tropas indisciplinadas, sin escuadra suficiente para vencer á otra muy superior, vacías las cajas, atajado en todas partes por un espíritu hostil, y frente á un patriotismo exacerbado contra España, mide la extensión de los males que originó su antecesor, los expone al rey, aconsejándole, por último, un cambio de sistema y planes que terminen el conflicto pacíficamente. Mientras resuelve Felipe, dispónese á cumplir sus deberes militares.

El último fracaso del duque de Alba había sido la frustrada tentativa de socorro á Mondragón, bloqueado en Middelbourg; quiso salvar al héroe momentos antes de entregar el mando, pero no pudo hacerlo; el bizarro coronel y su tropa preferían sustentarse de linaza y cueros corrompidos primero que rendirse, y era un deber del nuevo gobernador intentar el auxilio. Requesens armó las naves mercantes, uniólas á la escuadrilla de Amberes, hizo dos divisiones, confiando una á Julián Romero y otra á Sancho Davila, y mandóles que por los dos brazos del río Escalda marcharan sobre Walcheren; derrotada completamente la primera, hubo de retirarse Davila cuando le fué orde-

nado, no sin que el enemigo le fuese con vigor á la zaga (Febrero de 1574). Complicóse la situación al saberse que dos hermanos del príncipe de Orange, con un ejército de aventureros acababan de invadir los Países Bajos; llámanse tropas de todas partes y dáse su mando á Davila, con instrucciones para impedir la unión de los invasores y los holandeses, cubrir Amberes, levantar el sitio de Maestritch y deshacer á Luis de Nassau cuando para ello hubiese oportunidad: todas ellas fueron cumplidas en una breve y hábil campaña, que terminó con el destrozo completo de las bandas orangistas en la batalla de «Mook» ó «Mockerheiden,» ganada por Sancho Davila el 14 de Abril de 1574; murieron los jefes enemigos en la refriega, la mayor parte de los que les acompañaban, y sus bagajes, artillería, banderas y armas quedaron en poder del vencedor, recompensado por el rey con las promesas de hacerlo castellano propietario de la ciudadela de Amberes y de una pensión perpetua de dos mil florines anuales, hecha efectiva cuando se pudiere sobre los bienes confiscados á los proscritos.

Dos días después de esta gloria, el ejército manchó su triunfo expulsando del campamento á los superiores y resolviendo ir amotinados á la residencia del gobernador, para cobrar atrasos y beneficios. Preséntase Davila sereno en medio del desorden é intenta volver á la subordinación á los sediciosos, su voz es ahogada por las insolencias y el desenfreno de la soldadesca; intenta reducirlos por el sentimiento religioso, ya que los nombres de Patria y Rey no producen efecto alguno, les envía un venerable jesuita con este objeto; pero cuando en las primeras palabras conocen de lo que se trata, le interrumpe uno de aquellos energúmenos, diciéndole:—«Si antes nos dais el dinero de contado, oiremos vuestro sermón, que ya estamos cansados de buenas palabras.» El digno sacerdote hubo de retirarse. La turba, engrosada en el camino por centenares de otros desertores, cayó sobre Amberes, y Davila se presentó á Requesens, cual es fácil de presumir, tratándose de un militar honrado y pundonoroso.

Pudo al fin aquietarse todo, quedando Sancho Davila después como gobernador de la ciudadela, en cuyo cargo hubo de ejecutar la—para él dolorosa—orden del rey, en que se le mandaba abatir la estatua de bronce que se levantó al duque de Alba, diciéndole la disposición fechada el 4 de Junio (transcribiéndole la superior el 11 de Mayo), entre otras cosas: «...haga quitar la dicha estatua y su basa de manera que en la dicha plaza no quede señal alguna de ella...» y más adelante: «...publicar que el Señor Duque de Alba le ha escrito que la haga quitar, ó tomar otro color semejante...» Pocas veces vióse puesto más á prueba un hombre leal, colocado entre la gratitud al bien-

hechor y el respeto al soberano: es inútil decir que triunfó el último sentimiento.

Requesens emprendió con vigor la campaña, después de rotas las negociaciones de «Breda;» un cuerpo de tropas reanuda las operaciones en Holanda, y él en persona fué á hostilizar al enemigo en sus guaridas naturales de Zelanda, llevando como segundo á Davila, expidiéndole antes el despacho de capitán general de la armada naval y de superintendente de la misma, con fecha 29 de Marzo de 1575. Largo sería el relato de los hechos de armas que fueron marcando la recuperación de las islas zelandesas; sus brillantísimos detalles excitan el asombro de cuantos los leen, y su admiración hacia los españoles. El comendador mayor, precisado por los deberes de su cargo, hubo de volver á Flandes, dejando á Sancho Davila como jefe único del bloqueo de «Zierikzée,» en donde habian quedado interrumpidas las operaciones, por el estado de las tropas, según unos, y á causa de la inundación, según otros.

Tal era el destino de Davila á principio de Marzo de 1576, cuando recibió aviso de marchar inmediatamente á Bruselas, por encontrarse muy enfermo D. Luis de Requesens; á pesar de su celeridad, ya no pudo encontrar viviente al comendador, fallecido un día antes. Desencadenóse entonces la más espantosa anarquía sobre los Países Bajos: la mayor parte de las provincias y casi todos los pueblos rompieron los lazos de unión con España; amotináronse las tropas de una manera increíble y se desbandaron por el país; nadie tenía suficiente autoridad, reinando un desorden y confusión generales. Davila, considerado por los leales como el jefe supremo de las tropas, une los intereses comunes con patriotismo y dirige la guerra desde su ciudadela, hasta que ya las necesidades y el desbordamiento dan lugar al tremendo choque de Amberes el 4 de Noviembre de 1576, cuyo hecho de fuerza, plausible en su origen, es vituperado por la mayor parte de los historiadores á causa del saqueo que vino después. Calmóse la efervescencia con la venida de D. Juan de Austria; se hizo la pacificación llamada «Edicto perpetuo» y por el vulgo «paz de Gante,» á consecuencia de la cual debían evacuar las provincias flamencas los españoles; Davila, por medio de su teniente, entrega la ciudadela de Amberes al duque de «Arschot» el 20 de Marzo de 1577, y se retira á Italia con las tropas, lleno de desesperación.

No languideció mucho tiempo en el olvido tan ilustre capitán; durante su estancia en Lombardía, el marqués de Ayamonte hízole entrega de una carta que le dirigía el rey sumamente lisonjera; consolado por su lectura, marcha á la corte de España, en donde Felipe recíbele con agasajo, y á sus reiteradas instancias de que le permita servir en empresas guerreras, contesta el monarca nombrándole capitán general de la costa del reino grana-

dino, por despacho del 29 de Octubre de 1578. Desde entonces la persona real menudea sus relaciones y consultas con Davila, dejándole conocer el relevante concepto que le merecen sus dotes y que piensa en él para un buen logro de sus planes militares: ya le ordena la organización de tropas ó le manda contestar á un largo cuestionario sobre la posibilidad de una guerra, cuya respuesta es un plan de invasión en Portugal; hasta que por fin en 20 de Octubre 1579 le otorga el nombramiento de maestre de campo general y jefe de los veintiocho mil doscientos hombres de desembarco que, llevados en las galeras del marqués de Santa Cruz,—dice,—trata de lanzar sobre Africa el astuto monarca.

Resuelta la conquista del reino lusitano á propuesta del duque de Alba, por decreto fechado en Medellín el 1.° de Mayo de 1580, es nombrado segundo de aquél y general de la caballería invasora Sancho Davila, quien se entrega del mando en Llerena, y á las órdenes de su antiguo maestro da comienzo á la nueva campaña: desembarca las primeras tropas á la vista de «Cascaes,» cuya fortaleza gana; el 25 de Agosto añade una página más á su gloriosa historia militar en la batalla de «Alcántara,» decidiendo á favor de las tropas españolas la victoria comprometida por Colonna, y entra después en Lisboa. Sabe el duque de Alba que trata de rehacerse el caudillo contrario hacia la línea del Duero; dispone el 21 de Septiembre que su lugarteniente Davila vuele á desbaratar los planes enemigos, y éste lo consigue tras una brevísima campaña, que terminó el 24 de Octubre con la toma de Oporto, episodio último de la guerra.

Insiste Felipe II en su primitivo plan de ocupar á «Larache» y otra vez da órdenes á Davila en este sentido, poniéndolo á disposición del duque de Medina-Sidonia, futuro general de la empresa. Más de un año hubo de permanecer espectante en el Puerto de Santa María, hasta que, renunciando el rey á sus proyectos, en Febrero de 1583, nombróle maestro de campo general del ejército de ocupación en Portugal, cuyo capitán general era el duque de Gandía. En Lisboa ya, tres meses después, el día 8 de Junio, terminóse la existencia del bravo Sancho Davila; viendo herrar á un potro, dióle éste una coz en un muslo, y agravada la herida, prodújole la muerte en pocos días. La extrañeza que produce tal desenlace, sólo puede comentarse repitiendo lo que, á propósito de dicho suceso, dijo el marqués de Miraflores en nuestro tiempo: «...su muerte, acaecida por tan »menguada causa, haciendo doloroso contraste con una vida tan »brillante y gloriosa, puede servir de insigne testimonio del es»caso valer del hombre material, cuya existencia fugaz y pasa»jera no deja otro rastro detrás de sí más que la historia.»

CONSTANTINO D. BAZÁN.

PACHÍN GONZÁLEZ

Nuevo libro de Pereda

La primera impresión que la nueva obra del maestro produce, se traducirá seguramente en los lectores de ella por una exclamación.

—¡Qué corta es!

Brevísima, en efecto, y tanto más breve cuanto mayor el encanto de sus páginas. PACHÍN GONZÁLEZ *es una crónica de la catástrofe del* «Machichaco;» *pero ¡qué crónica! Con sencillísima fábula por pretexto y cuyos personajes están delineados con el vigor característico del soberano escritor montañés, D. José María de Pereda describe de tal suerte el incendio del funesto barco, la explosión formidable y el tremendo espectáculo de ruina y muerte que la siguiera, que aquel suceso apocalíptico revive y se siente como si por arte mágica se repitiera.*

El hechizo del incendio sobrenadando en el agua, que atrae vilmente á los incautos que van á ser sus víctimas; el estruendo de la dinamita devastadora como azote providencial; el campo de desolación en que aquélla arroja la semilla lúgubremente fecunda en viudez y orfandad que son lágrimas y hambre, todo aquello que aterró á Santander y estremeció del propio espanto á España entera, resucítalo el magistral estilista que con la pluma escribe, pinta y esculpe, para terror de las venideras generaciones, el memorable infortunio.

Léanse estos párrafos que, al azar de las tijeras tomamos del flamante libro, y es seguro que el interés avivado y la curiosidad despierta acudirán golosos á la nueva obra del gran Pereda.

—Tenía usté razón, madre: esto no se acaba.. . . . . .
Vám. . . . . .

Lo que cortó la palabra en la boca de Pachín, y la respiración en sus pulmones, y hasta el circular de la sangre en sus arterias, no tiene nombre en ninguna lengua conocida. En la pobre fantasía de los hombres no hay término de comparación para el sonar de aquellos dos estallidos, casi simultáneos; para aquel cráter horrible que se abrió con ellos; para aquella inmensa columna de fuego que se elevó al espacio y en cuya cima humeante flotaban, entre denegridas espirales, cuerpos humanos; para aquella infernal metralla de candentes y retorcidos hierros que vomitaron los senos del vapor, entre infectas oleadas de cieno del fondo de la mar, sobre las apiñadas, desprevenidas é indefensas multitudes; para el color extraño de aquella luz que se enseñoreó del aire, empañando la del sol que corría á precipitarse en el ocaso como si huyera de alumbrar tantos desastres acumulados en tan reducido lugar y en tan breve tiempo.

De nada de ello se dió Pachin cuenta cabal. Se sintió de pronto como invadido de una pesadilla, y soñó que salía volando de la pila de maderos, y que, volando á flor de tierra, con velocidad y fuerza prodigiosas, iba arrollando con su propio cuerpo pero sin tocar en ellas, masas de gentes que se inclinaban y caían á su paso, como al del vendaval enfurecido los verdes maizales en las mieses de su aldea.

*
* *

Al despertar de aquel sueño, ó lo que fuera, no supo explicarse por qué estaba él tendido á la larga entre un carro hecho astillas y un caballejo perniquebrado y espirante. Le faltaba casi en absoluto la memoria: no conservaba en ella otro recuerdo que el de un «tronido» muy fuerte y el de una llamarada tremebunda. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquel sitio y de aquel modo? ¿Un minuto, una hora, meses, años? ¿Había nacido allí mismo y para aquello solo? Sentía gran quebranto en su cuerpo, dolor agudo en algunas coyunturas, y escozor vivo en el cogote. Maquinalmente, y no sin dificultades, se incorporó, y también maquinalmente se llevó las manos á la cabeza, porque en su nueva postura se le desvanecía algo. Al retirarlas después, las vió teñidas de sangre, y había también un charco de ella á su lado, charco que se alimentaba con la del perniquebrado caballejo que espiraba entre convulsiones y quejidos. Al enterarse de ello Pachín, descubrió su vista azorada, un poco más allá del caballo, un hombre tendido en el suelo, con la boca contraída y muy abierta, los ojos encandilados, y ceniciento el color de la faz; tenía un brazo de menos y una pierna destrozada. Esta visión produjo en el pobre chico un sacudimiento feroz, instantáneo; quiso huir de allí, por instintivo terror, y para suplir la agilidad que le faltaba y levantarse pronto, se agarró con la diestra mano á una de las curvas espirales de una larga pieza de hierro que había entre él y las astillas del carro; pero no bien lo hubo hecho, cuando lanzó un grito de dolor, retirando la mano y levantándose de un brinco por su propio esfuerzo. Aquel hierro abrasaba.

Sin apartar aún su vista del reducido espacio en que tan extrañas cosas le rodeaban y sucedían, puso y clavó toda su atención en ellas, porque notaba que iba despertándosele en las regiones de la inteligencia algo que estuvo dormido poco antes, y quería darse exacta cuenta de lo que le estaba pasando. Aquel hombre y aquel caballo, muertos, y no sólo muertos, sino destrozados; el carro hecho astillas junto á un hierro candente y retorcido; entre él y el carro y los cadáveres y el hierro caprichoso, sembrado el suelo de las cosas más raras é inconexas; clavos de herradura, fundas de cartuchos de fusil...; aquel recuerdo, único

de su memoria el «tronido» y la llamarada... Asociando estas ideas y eslabonándolas bien unas en otras, Pachín llegó á preguntarse, haciendo hincapié en la más luminosa y firme: «¿qué hacía yo cuando sentí el tronido ese y vi la llamarada?» Y sin gran esfuerzo de su retentiva, consiguió responderse, adquiriendo una idea más y trabándola en la cadena de las otras: «ver un vapor que se estaba quemando.» Con este recuerdo sólo se abrieron de par en par las puertas de su memoria, y se le fueron despertando en el cerebro, una por una, todas las dormidas ideas: las peripecias del incendio, las muchedumbres de curiosos, los rumores alarmantes esparcidos entre ellos, los sitios que él ocupó... Y de ésta, de ésta nació la otra idea, la idea terrible, la que le dejó frío y sin alientos, como le había dejado el estallido del vapor: la idea de su madre que le acompañaba entonces. ¿Por qué no estaba ya á su lado? ¿Adónde había ido á parar? ¿Qué habría sido de ella? ¿Qué fuerza los separó al pie de la estiba de maderos donde habían estado juntos los dos? ¿Viviría, por milagro del cielo, como él vivía? ¿Habría sido muerta, destrozada quizás, como aquel otro desdichado?... Y el infeliz temblaba de pies á cabeza; se golpeaba el cuerpo con los puños cerrados; sentía un hormigueo punzante y frío debajo de la piel, que le volvía loco de inquietud, y como un loco gritaba revolviendo en torno suyo los ojos desencajados: «¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre mía de mi alma!» Quería correr en su busca; pero no sabía en qué dirección, al tender la mirada codiciosa por la vasta llanura que poco antes había visto él colmada, repleta, de gentes *vivas* y regocijadas, y que ahora... ¡Dios santo! ¡Dios de las grandes misericordias!... ¡qué espantoso le pareció todo aquello que veía! Como si hubieran pasado huracanes y terremotos por allí, todo era campo de desolación y muerte, ruinas, escombros y cadáveres entre el silencio y la inmovilidad imponentes de los grandes desastres consumados. Cuanto quedó con vida y movimiento al consumarse aquél, había huído muy lejos con el espanto en el alma y la angustia en el corazón... Pero algo vivía aún en aquella región del exterminio inclemente y bárbaro; algo puesto allí como de intento para dar al cuadro una nueva tinta de horror; algo que bullía sobre la tierra aquí y allá, y cuyos debían ser los ayes de agonía que llegaban á los oídos de Pachín, como si el aire se los fingiera para recordarle el martirio de su madre.

Él parecía ser el único vivo y sano en aquella región de muertos insepultos; él, Pachín González, el mísero aldeanuco recién llegado á la ciudad, forastero y pobre en ella, desconocido de todos los supervivientes de la gran catástrofe. ¿Adónde y hacia quién volver los ojos para pedir ayuda ó consejo en el amargo trance en que se hallaba?... ¿Quién oiría en aquel negro páramo sus lamentos? ¿Quién daría valor á su desventura sin ejemplo, delante

de tan enorme cúmulo de ellas?... ¡Jamás hubiera creído que podían llegar á extremos tales la soledad y el desamparo de un hombre sobre la tierra!...

Y el pobre muchacho comenzó á llorar de pesadumbre... y de miedo. Pero el amor de hijo, sobreponiéndose en él á todo, le devolvió la energía de su espíritu, hasta con dobladas fuezas; y, sin enjugarse las lágrimas, se lanzó á la empresa con una decisión que rayaba en lo desesperado.

La extraña «cosa» que le habia llevado á él en volandas desde la estiba de maderos al sitio en que acababa de despertar, debió llevar á su madre de igual modo y en la misma ó muy aproximada dirección, puesto que juntos estaban los dos entonces, aunque un poco más en alto él que ella... Pues á buscar, primero, por allí, en derredor suyo y del hombre muerto cuya visión le aterraba... Y á buscar se puso, con la avidez y espanto en los ojos; y vió más hierros, á modo de grandes carriles retorcidos y enroscados; ma as informes, como de cubos métalicos fundidos unos con otros; más clavos de herradura y más cartuchos vacíos... ¡Jirones de prendas de vestir, ensangrentados y humeantes!... Más allá unos edificios cerrados que parecían grandes almacenes, con los aleros quebrantados y los cristales hechos añicos; debajo, en la calle, más hierros enroscados, y más cubos fundidos, y cascos de maquinaria... En la misma calle, hacia la derecha, un tren detenido y sin gente... el de las campanadas, no podia ser otro, con el resuello fatigoso y extenuado, los coches contundidos por la metralla del volcán, uno de ellos con las portezuelas desvencijadas, y dentro... ¡la muerte también!... Huyó de allí, en dirección contraria, hacia la izquierda... Un grupo de árboles entecos y con el ramaje desgarrado. En la plazuela que formaban, otra vez los hierros, pero revueltos y enmarañados, como una lucha de sierpes infernales; y entre los montones, recias planchas, de hierro también, reviradas, contraídas, dos de ellas de canto y prestándose mutuo sostén, y detrás un cuerpo... un cuerpo de mujer vestida de obscuro, casi negro, y boca abajo. Pisando de puntillas, lívido de terror, con un brazo trémulo extendido y mirando sin ver, se atrevió Pachín á llegar hasta el cadáver, se bajó, cerró los ojos, y á tientas y con las manos crispadas y sin sangre, le levantó la cabeza cuya cara quería reconocer...

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

DESCRIPCIÓN DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

Bajo tres aspectos puede considerarse la superioridad é influencia artística de la capital del mundo católico, sin hablar de

la que moralmente ha ejercido sobre las ideas como centro de la doctrina religiosa que más importantes resultados ha traído para la sociedad en general.

Nace el primero de la arquitectura religiosa, llevada al último grado de esplendor en los soberbios templos erigidos después de la época del Renacimiento; los palacios, edificios civiles y obras públicas que adornan á Roma como ciudad, constituyen el segundo, y las maravillas de arte que en escultura y pinturas encierran sus galerías, forman el último, y quizás el más interesante de los tres puntos de vista, bajo los cuales nos proponemos considerar á Roma moderna.

La capital del mundo católico con sus 140,000 habitantes, se contiene casi toda entera en lo que era el *campo de Marte*, destinado á maniobras militares en la ciudad imperial, la cual encerraba cerca de tres millones de habitantes. De las siete célebres colinas sobre que aquélla estaba edificada, la Roma de los Papas no comprende más que dos, el monte *Capitolino* y el *Quirinal*. Sin embargo, las restantes cinco, á saber, el monte *Aventino*, el *Esquilino*, el *Celio*, *Vimial* y *Palatino*, con un territorio aun mucho más extenso, se hallan dentro de la circunferencia de Roma, cuyas murallas comprenden un circuito de cerca de cinco leguas. Las dos terceras partes de esta superficie es campo, tierras labradas, viñas y caseríos.

Estas murallas elevadas por primera vez en tiempo de Aureliano, temeroso ya de la aproximación de los bárbaros que amenazaban á Italia, han sido reparadas en la Edad Media bajo la soberanía de los Pontífices. Diez y seis puertas circuyen la ciudad, á saber: la puerta del Pópolo, la Pinciana, la Salaria, la Pia, la de San Lorenzo, la Mayor, la de San Juan, la Latina, la de San Sebastián, la de San Pablo, la Portese, la de San Pancracio, la de Cabalegieri, la Fabricia, la Angélica y la de San Angelo; algunas de éstas son obras de señalado mérito; la Puerta Pia y la del Pópolo fueron construídas según los modelos de Miguel Angel y ostentan una gallarda arquitectura.

La pugna en que se encontraron en los primeros siglos de nuestra era los dos cultos pagano y cristiano, odiándose y persiguiéndose sus respectivos adherentes, motivó sin duda el desdén de los discípulos de la nueva creencia hacia los abandonados templos de los dioses, y les hizo preferir para las ceremonias de su culto las construcciones de mal gusto á que únicamente alcanzaban los arquitectos de aquellos siglos de decadencia, á los hermosos edificios que hubieran podido aprovechar.

Así las primeras basílicas cristianas, aunque grandes y suntuosas para el tiempo en que se edificaron, aparecen toscas y mezquinas comparadas con las obras de la Antigüedad y con las del Renacimiento, por lo que no ofrecen otro interés que el histórico y el de piedad, por ver en ellas los santuarios donde los fie-

les salidos de las catacumbas subterráneas, en las que habían buscado asilo contra la persecución, pudieron tranquilos y gozosos adorar á Dios á la luz del sol. De las catacumbas provinieron las formas de los altares y capillas, distintivos del nuevo culto, y estas formas nuevas y originales dieron luego existencia á edificios é iglesias impregnadas del mismo estilo. Del maridaje de esta nueva é informe arquitectura con las reminiscencias traídas por los bárbaros invasores de los bosques de la Germania, nació la arquitectura gótica, que, modificada por Brunelesqui, el Bramante y Miguel Angel Buonaroti, cuyo genio se inspiró con el estudio de la Antigüedad, ha producido la arquitectura moderna resplandeciente en las soberbias iglesias, obras de estos grandes hombres y de sus discípulos.

Los edificios de Roma moderna, como San Pedro, Santa María la Mayor, San Andrés, San Carlos y los que en otros países ha engendrado el arte resucitado en Italia, como San Pablo de Londres y nuestro Escorial, serán siempre la expresión de la belleza y del gusto en arquitectura, y caracterizarán la de nuestra edad en términos, que cuando el poderío destructor del tiempo, reduzca á ruinas estos edificios, como hoy vemos reducidos los templos del paganismo, la bóveda y el frontispicio cristiano dirán á los que entonces contemplen nuestras obras con la triste admiración con que ahora nos detenemos delante de las de la Antigüedad: *por aquí pasó otra civilización, y otra sociedad distinta de la de aquellos remotos siglos de Grecia y Roma;* que serán para nuestros descendientes, lo que para nosotros son los que vieron la gloria y el esplendor de Tebas y de Memphis.

Las iglesias de Roma en general pertenecen á uno de los tres tipos ó modelos: de Basílica, de Cruz griega, ó de Cruz latina. La Basílica es un oblongo bastante prolongado, con una nave principal en medio, y dos más estrechas laterales, generalmente no tan elevadas como aquéllas, y presentando al testero una plata forma, nicho ó tribuna, donde se halla colocado el altar mayor.

La Cruz griega, forma una figura en la que los cuatro brazos de aquélla son de igual longitud. Colocado el observador en el centro de los edificios construídos según este sistema, el efecto es de mucha más armonía y visualidad que en los que figuran la Cruz latina, el brazo más largo de ésta, destruyendo en parte las proporciones de los otros tres, que aparecen siempre mucho más chicos de lo que son en realidad.

Las iglesias de forma redonda por el estilo de San Francisco el Grande de Madrid, han tenido por modelo el *Pantheon de Agrippa.*

La idea que se tiene de la célebre *Basílica de San Pedro,* lo mucho que desde la infancia hemos oído celebrar de su magni-

ficencia hace que, apenas llegado á Roma el viajero, corra á satisfacer por sí mismo su excitada curiosidad.

La situación que ocupa San Pedro no es la que correspondería á un edificio tan soberbio; pues en vez de hallarse colocado en la parte principal y mejor edificada de la ciudad moderna hay que atravesar para llegar á él, calles estrechas y sucias, pasar el río, y cruzar un barrio pobremente habitado, á cuyo extremo nos encontramos de repente delante de una perspectiva tan grandiosa y sorprendente, que abrazándola la vista como por sorpresa, no acierta á estimar debidamente lo inmenso de sus proporciones, comidas en cierto modo por la magnitud de la plaza que sirve de pórtico al templo, y formada por una doble galería semicircular de tres hileras de columnas colosales de cuarenta pies de elevación cada una, cuyo número asciende á doscientos cincuenta y seis. Sobre la frisa de la columnata se ven colocadas ciento noventa y dos estatuas de santos de piedra, de once pies de altura, pero que á la vista aparecen de tamaño natural.

En el centro de esta plaza ovalada se levanta el obelisco de Memphis que estaba en el circo de Nerón, y que Sixto V hizo colocar dando frente á la fachada de San Pedro. Este monumento tiene treinta siglos de existencia. A cada lado del obelisco hay una hermosa fuente, cuyas aguas, cayendo por elevación de considerable altura, reflejan heridas del sol los brillantes colores del arco iris.

El espacio semicircular ó elíptico, comprendido entre los dos pórticos ó galerías, mide setecientos veinte y ocho pies de ancho sobre un frente de seiscientos pies. El Papa Alejandro VII fué el patrono de esta magnífica obra, en su género, la más perfecta que existe en el mundo.

A la derecha de San Pedro y pegado á este edificio sobre el monte Vaticano que la avecina, se ve la soberbia fábrica del Palacio Pontifical, que por sí sola produciría magnífico efecto, pero cuya vista carga el cuadro y perjudica á la perspectiva de la Basílica y de su pórtico. Si este magnífico atrio se descubriese desde cierta distancia, el efecto sería mucho más agradable. La vista, acostumbrada desde lejos á la armonía de los objetos, se haría cargo más cumplidamente de sus proporciones, y al aproximarse se acrecentaría el deleite admirando de cerca lo que de lejos nos habría ido gradualmente atrayendo y cautivando.

Napoleón, en quien el sentimiento de lo sublime era instintivo, pensó en comprar todas las casas que se extendían en el barrio desde esta plaza hasta el puente de San Angelo, á fin de derribarlas y hacer una magnífica y ancha calle que dejara á descubierto toda la fachada de la Basílica. Otra fatalidad perjudica igualmente al efecto que produce San Pedro observado desde el obelisco. Los arquitectos encargados de ejecutar la obra después de Miguel Angel, alteraron los planos de éste, y

han colocado sobre el frontispicio del templo un pedimento ó pretil cuya elevación, unida á la prolongación del brazo de la Iglesia, que de Cruz griega como la idearon aquel grande hombre y su predecesor el Bramante, ha pasado á ser Cruz latina, hace que la vista de la famosa cúpula no se perciba sino imperfectamente desde cerca. Estos dos defectos, sin hablar de la falta de gusto que caracteriza los adornos harto sobrecargados de la fachada, destruyen el asombroso y admirable efecto que hubiera producido la religiosa observancia del diseño inventado por Miguel Angel.

Donde termina el óvalo de la columnata por la parte que avecina á la iglesia, empieza por ambos lados una galería á ángulo recto, la cual une aquélla con el frontispicio de la fachada, formando otra plaza de figura cuadrada, casi tan grande como el elipse de la columnata, en cuyo centro está el obelisco de Memphis.

Al conmedio de este espacio empieza una escalera circular de piedra, la cual, disminuyendo á medida que se sube, conduce á un antepecho ó subida de suave inclinación, por la que se llega á las puertas exteriores de la Basílica.

La altura de la fachada es de 100 pies y su tirantez de 370. Las columnas que sostienen el pórtico miden 90 pies de elevación, y su circunferencia ó diámetro es de ocho pies. Encima de la puerta situada en medio de las cinco exteriores, se halla el balcón desde el cual el Papa bendice al pueblo y al mundo cristiano en la festividad de Jueves Santo.

Antes de penetrar en San Pedro, dediquemos algunas breves líneas á la historia de su erección.

El lugar que hoy ocupa la célebre Metropóli era antiguamente el circo de Nerón. En él recibieron el martirio muchos cristianos á quienes sus hermanos dieron sepultura en una gruta ó caverna, situada debajo del vecino monte Vaticano, y habiendo sido enterrado en aquel paraje el apóstol S. Pedro, luego se convirtió en lugar de veneración para los fieles. Por esto le escogió Constantino para construir la Basílica con que dotó á la religión que acababa de abrazar. El edificio, obra de aquel príncipe, ha subsistido por espacio de once siglos, y todavía se ve su planta en las bóvedas subterráneas de la actual Basílica. El papa Nicolás IV fué el que primero pensó en edificar la nueva iglesia; pero la gloria del monumento que ahora admiramos estaba reservada al gran Julio II, sucesor de nuestro compatriota Alejandro VI. Aquel potífice naturalmente inclinado á lo grande, concibió en su mente un templo que sobrepujara en majestad á todas la obras conocidas, y encontró en el Bramante un digno intérprete de la elevación de sus propias ideas. El amable León X confió al gran Rafael la comenzada fábrica; pero la temprana muerte de éste no le dejó lugar de aplicar á ella su genio. Pablo III

tuvo el acierto de encomendársela á Miguel Angel; y á éste debemos la parte más sorprendente de San Pedro, la bóveda, que lo corona, la soberbia cúpula que ha elevado sobre los aires, colocando su base á una altura de 180 pies del suelo, uno de los mayores templos del paganismo, el panteón de Agrippa.

El papa Pablo V de la familia Borghese, tuvo la dicha de acabar en su pontificado esta iglesia, honor de su siglo y de los venideros, y para perpetuar la memoria de un hecho de que tanta prez le resultaba, hizo colocar en la fachada la inscripción que lleva su nombre, y por la que parece ha de atribuírsele toda entera una gloria que la equidad exige se reparta entre los pontífices sus predecesores. El costo que la obra ha tenido desde su principio hasta la época presente, pues tan inmensa fábrica exige continuas reparaciones, asciende á 50 millones de duros.

Al entrar por las cinco puertas exteriores, se encuentra un magnífico pórtico ó galería que sirve de vestíbulo á la Basílica, y aquí empieza ya el lujo sorprendente, que hasta salir de ella no cesa de admirarse. Tiene esta galería 470 pies de tirantez sobre un fondo de 40 y una altura de 80. Columnas de mármol oriental que pertenecieron á la iglesia, obra de Constantino, cubren las interiores, intercaladas con pilastras, figuras y estatuas que adornan el friso. A los dos extremos laterales se ven las estatuas á caballo de Constantino y de Carlo Magno, los grandes protectores de la Santa Sede.

Otras cinco puertas conducen al interior de la iglesia; la principal está cerrada, y sólo se abre en las grandes solemnidades. La de la derecha, la *puerta santa*, no está más que figurada en la pared por ser la del *jubileo* que el Papa viene á abrir en persona cada veinte y cinco años, cuando con su mano da el primer golpe de piqueta para demoler la mampostería que la oculta. Concluído el jubileo vuelve á taparse hasta la renovación de la festividad, veinte y cinco años después.

Las restantes puertas, así como la principal, todas de bronce, pertenecieron á la antigua Basílica, y están adornadas de bajos relieves, alusivos á asuntos sagrados y mitológicos, mezcolanza que para aquellos tiempos prueba la escasa invención de sus artistas.

En la pared, junto á una de las puertas, se ven incrustadas en bronce, varias bulas de los primitivos Papas, y unos versos compuestos por Carlo Magno en 796, y sobre la puerta exterior que da frente á la principal de las interiores, hay un mosaico del Gioto, muy celebrado y cuyo asunto es el del milagro de Jesucristo cuando salvó á sus discípulos de la tormenta, haciéndoles andar sobre las olas del mar.

La primera impresión que se recibe al penetrar en el interior de San Pedro, no suele corresponder á la idea que generalmente se tiene de su magnitud, no obstante que es el mayor de cuan-

tos edificios existen, y mucho más vasto que ninguno de los templos griegos ni romanos; efecto que redunda en crédito de esta soberbia fábrica, siendo tan perfecta la armonía de sus proporciones, que lo que en sí es colosal, aparece como parte del conjunto de tamaño ordinario; y ha de considerarse aislado y de por sí, para que se venga en conocimiento de su verdadera dimensión. Desde los primeros pasos que se dan en el templo, se comprueba esto, pues hallándose á derecha é izquierda debajo de las primeras pilastras, las pilas del agua bendita, sostenidas por estatuas de ángeles, aparecen éstos cuando desde la entrada se miran, como niños pequeños, y á medida que uno se acerca van creciendo, hasta que nos maravillamos de ver que son figuras colosales.

Hemos dicho que el Bramante y Miguel Angel quisieron dar á esta iglesia la forma de una cruz griega; por desgracia se abandonó esta grande idea, y se adoptó en su lugar la de la cruz latina, lo que perjudica al efecto divino, que en el primer caso hubiera producido la igualdad de las líneas, en un edificio de tan gigantescas proporciones.

Dase frente al entrar á la nave principal ó de enmedio, sostenido por cuatro pilastras de cada lado, las que tienen 87 pies de circunefrencia; dos columnas de rico mármol figuran sobre los costados de estas pilastras, y en el centro de aquéllas, colocadas en nichos, se ven estatuas colosales de los santos fundadores de órdenes religiosas.

Dos españoles dan principio á esta serie de imágenes: *Santa Teresa de Jesús* y *San Pedro Alcántara*. La elevación de las pilastras es de 96 pies, á cuya altura empieza el friso de orden corintio que sostiene una soberbia cornisa de estuco, ricamente labrada y sobredorada. En lo alto de los capiteles de las columnas, se ven igualmente figuras alegóricas de estuco, y tiaras y llaves de San Pedro con otros atributos pontificios artísticamente enlazados.

La altura de la cornisa del pavimento al techo, es de 145 pies, y la extensión ó largo de la nave desde la puerta hasta el testero de la iglesia ó tribuna, de 660 pies.

El pavimento es de rico mármol, y á medida que se camina, se leen en las losas inscripciones que indican las dimensiones de los templos más afamados de la cristiandad. El más grande, después de San Pedro, es su rival, la metrópoli del protestantismo, San Pablo de Londres, Santa Sophía de Constantinopla el más pequeño.

Los intérvalos de pilastra á pilastra conducen á las naves laterales, en las que se encuentran diez capillas, cinco en cada nave tan grandes cada una como una iglesia capaz de contener 1,300 á 1,500 personas. Describir la magnificencia de estas capillas, y de lo interior de la Basílica, indicar siquiera las

riquezas que las adornan, la profusión de mármol de colores, de pilastras, de mosaicos y altares que en ella resplandecen, exigiría un tomo en folio. No es posible volver los ojos á ningún lado sin encontrar columnas de jaspe, mausoleos de mármol, figuras de bronce, estatuas magníficas, cinceladas de oro, que presentan donde quiera que los ojos se fijan, un conjunto de pormenores tan bellos y acabados, que para hacerse cargo de ellos, cuanto más para relatarlos, sería menester una semana á observar y admirar cada trozo de por sí; y sin embargo, toda esta prodigiosa multiplicidad de adornos aparecen como perdidos en lo maravilloso del espacio, y ni la vista se fatiga, ni tanto pormenor causa ni sobrecarga el conjunto.

Adelantándose por la nave principal, cuyo ancho es de cerca de 100 pies se llega al centro de la Cruz, cuyos brazos presentan una tirantez ó línea de 428 pies transversales. Aquí se encuentra cercada de una barandilla ó pretil de columnas de bronce dorado, la entrada de un santuario subterráneo á imitación de los que en la primitiva iglesia se llamaban *confesionarios* (lugar donde se conservaban los cuerpos de los santos que con el martirio ponían el sello á su *confesión* de la doctrina evangélica), y en el que se hallan depositados los restos mortales de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Ciento doce lámparas siempre encendidas brillan delante de la dorada puerta del santuario, á cuya entrada, y al pie de la escalera que á él conduce, se mira una hermosísima estatua del papa Pio VII, de tamaño natural, obra de Canova. El Papa de rodillas sobre un almohadón, y las manos en oración, está representado en el acto de adorar las santas reliquias.

Sobre el confesionario de los Apóstoles se levanta flanqueado de cuatro monumentales columnas de bronce dorado, y coronado por un soberbio capitel rematado con una Cruz y en los costados ángeles colosales del mismo metal, el tabernáculo que sirve de altar mayor, reservado exclusivamente para cuando celebra el Papa. Según la costumbre de la primitiva Iglesia, el altar está dispuesto de manera que el oficiante da la cara al pueblo. Este suntuoso tabernáculo llamado *Baldoquino*, tiene 112 pies de altura, que es la de la fachada del palacio Farnesio en Roma, más alta que la de Louvre de París, por el lado que mira á San Germán el Auxerois; y sin embargo no parece allí el Baldoquino desproporcionado, tanta es la magnitud del recinto sobre el cual se levanta el sorprendente altar.

A. B.

(*Se concluirá.*)

VARIEDADES

Un escritor tan escéptico como ingenioso, y eso que cuenta el ingenio por arrobas, D. José Zahonero, escribía hace pocos días en un artículo de *El Liberal*, el párrafo que á continuación copiamos, y que con seguridad verán con gusto nuestros lectores:

«Ayer encontré en la calle de Hortaleza á un paisanito mío, á un gracioso chiquillo, feucho, tal vez tímido, como niño aldeano en una populosa ciudad; pero que bajo sus cabellos amarillejos y ásperos como esparto y en su cara morena muestra hermosos y avispados ojos, que brillan revelando listeza y penetración de entendimiento. Es huérfano de padre y pobre como los pajaritos en invierno.

—»¿Dónde vas, Frutos, y qué llevas ahí oculto debajo de la capa?—pregunté al pequeñuelo.

—»Voy á la Escuela Pía de San Antón y llevo los libros y... esto...—me contestó levantando una punta de la remendada capita y enseñándome un atijo de libros y un pucherete de barro.

—»¿Quién te ha recomendado á los escolapios?—pregunté á Frutos.

—»¿Quién?—contestó el niño.—Pues mire, nadie. Madre necesitaba que yo me pusiera de aprendiz en alguna parte, y mire, en esto, bueno es si uno gana un real los sábados. El chico de una vecina me dijo que en San Antón enseñaban de gracia, y aun que daban de comer á los que verdaderamente lo necesitaban. Entonces... fuí y me dije: Allá me voy, que con aprender que aprenda á leer bien y á escribir guapamente y á sacar cuentas como un comerciante, ya podré valerme... Pues vine, y muy campante me presenté á un frailecico, que se echó á reir al oirme, apuesto que de mi poca vergüenza, y todo quedó arreglado... ya va para dos meses ..

—»¡A Dios, Frutos, á Dios, hijo mío, él te bendiga!—dijimos al niño.—¡FUÍ Y DIJE! Se lo dijo él, lo pensó, fué valerosa determinación de su alma, más que por su hambre de pordiosero, por su sed de conocimiento. ¡Estallido de sencillez diminuta oculta en la hondura de la tierra, motita de humedad que moja la arena y luego señala el brote de un chorrito de agua, creciente manantial, arroyo y caudaloso río al fin! ¡Alma dotada de propia iniciativa, como la de Andersson, como la de Leonardo de Vinci, como la de Edisson!

»¡Confesemos que es un admirable encuentro! Frutos es átomo, vida, que vibra al impulso pujante de la renovación; la humilde iniciativa del niño es gemela de las grandes acciones y creaciones, que lejos del mecánico oficialismo, manifiestan la vigorosa energía nacional.

»No le quedará al oficialismo más pretensión que la de ostentar que su carátula horario... Viviremos resucitando en nosotros constantemente por ley de la circulación de la materia; tendremos alma, no pasará el tiempo como una ruidosa mecánica, pondremos en él sensación, idea y sentimiento.

»José de Calasanz fué el primer combatiente valeroso por la enseñanza gratuita; Fœbel el primer revelador de la emancipación del niño, preso antes en las estrecheces del rigorismo metódico...

»No lo olvidemos.

»Nuestra sociedad vive... se nutrirá, crecerá; bastaría para esperarlo una sola iniciativa, la del niño mendigo y pobre que acude afanoso á la primera escuela que le abre sus puertas.»

JUNTO A LA LUMBRE

Horrible noche aquélla. En la cocina,
que á trechos ilumina
el tronco, que en la vieja chimenea,
falto ya de sus hojas y sus ramas,
envuelto por las llamas
convertido en carbón chisporrotea,
trata una anciana de ocultar su llanto.
Un pobre viejo, en tanto,
sobre el pecho reclina la cabeza
fijando sus miradas en el suelo,
y una muchacha, al cielo
pide valor, y silenciosa reza.
¡Bien retratan la pena sus semblantes
en aquellos instantes!
Los tres sufren á un tiempo y sienten frío.
El viejo, expresa su dolor, callando.
La niña, suspirando.
La anciana, al exclamar: ¡Pobre hijo mío!
En sus turbias miradas, centellea
la misma triste idea.
La angustia deja siempre tan marcada
La huella de su paso, cuando brota,
que una pena se nota
con sólo sorprender una mirada.
Así como los pálidos reflejos
de la lumbre, á lo lejos
sus confusas siluetas dibujaban,
ante sus ojos, turbios y abrasados,
los instantes pasados
oscuros y en tropel se bosquejaban.
La anciana madre cariñosa y buena,
recordaba con pena

y con el miedo en el semblante impreso,
aquella silenciosa despedida
del hijo de su vida,
que acabó en una lágrima y un beso.
Aun creía en los suyos, ver clavados
los ojos de él, nublados
por pasajera nube de tristeza,
y abrasábale el rostro todavía,
el llanto que él vertía
al reclinar en su hombro la cabeza.
¡Pobre madre! ¡Con qué hondo desconsuelo
la vista alzaba al cielo
y á la bondad de Dios lo encomendaba,
mientras sintiendo un gozo extraordinario
el santo escapulario
en el pecho del hijo, colocaba!
¡Con qué energía atribulada y loca
pudo hacer que su boca,
llena de santo amor y de grandeza,
después de haber besado al ser querido
pronunciase en su oído
este hermoso poema: ¡Escribe y reza!
¡Con qué amarga ansiedad devoradora
recordaba la hora
en que al partir del pueblo los soldados,
acometida de fiereza extraña,
les gritó: ¡Viva España!
mirándolos con ojos exaltados!
¡Y con qué horrible angustia, todavía
recortada veía
la silueta del hijo sobre el cielo,
que por ver otra vez su amada tierra
en lo alto de la sierra
volvió á decirle ¡adios! con el pañuelo!
¡Pobre madre! Pensando en lo pasado,
con el pecho agobiado
por el llanto y la angustia abrumadora,
hasta el pensar en Dios le daba miedo,
¡Yo no puedo; no puedo
contemplar á una madre cuando llora!
Tranquilo el viejo y silencioso, en tanto,
no sintiendo el espanto
de la madre infeliz, ponía empeño
en hallarse sereno y sonriente,
y olvidaba el presente
acariciando un porvenir risueño.
En alas de su ardiente fantasía,
soñaba. ¡Y no temía
que al estallar sangrienta la batalla
con trágico y terrible desconcierto,
caía su hijo muerto
envuelto por el humo y la metralla!

No le veía solo, abandonado,
el rostro amoratado,
las manos sobre el pecho colocadas
conteniendo la sangre de una herida,
y en sus ojos sin vida
fulgurando las últimas miradas.
No veía sus labios entreabiertos,
secos, pálidos y yertos,
llamándole quizás, ni le veía
pisoteado por la turba fiera,
envuelto en la bandera
que de honrosa mortaja le servía.
¿Cómo un viejo á las luchas avezado,
que también fué soldado
y en su alma lleva la victoria impresa,
iba á pensar que en fuerte acometida
viese su hijo vertida
su bullidora sangre aragonesa?
No; no podía ser. Como un valiente
luchando frente á frente
con poderosa é insaciable saña,
le adivina fiero, jadeante,
matando á cada instante
y lanzando al matar un ¡Viva España!
Nunca cumplida su ambición de gloria,
por ganar la victoria
corría entre cañones y corceles,
¡y lleno de entusiasmo y de alegría,
el viejo le veía
coronarse en la guerra de laureles!
Ya imaginaba la hora, en que orgulloso
volvía victorioso
á realizar el ideal soñado.
Y cuando esto el anciano imaginaba,
sin querer contemplaba
la hermosa niña que tenía al lado.
¡Pobre muchacha! En la ocasión aquélla
¿cómo no soñar ella?
¿Cómo esperar y sonreir con calma
olvidando pasadas alegrías,
si ya en remotos días
se hizo un nido el amor, dentro del alma?
¿Cómo no hallarse por el llanto rojos
sus expresivos ojos,
azules como el cielo y seductores,
si no podían encontrar al lado
los ojos de su amado,
siempre dispuesto á brindarla amores?
¿Cómo poder pintarse una sonrisa
ligera é indecisa
en sus labios de miel, y en un acceso
del amoroso impulso que sentía

por él, si él no podía
recogerla en su boca con un beso?
¿Cómo no suspirar á cada instante,
si en aquel pecho amante
tenía poco espacio el sentimiento,
y un suspiro es un ave mensajera
que á otro pecho, ligera,
en sus alas transporta un pensamiento?
Al hacerse estas tristes reflexiones,
mientras sus oraciones
al cielo dirigiendo continuaba,
y el viejo, fatigado, se dormía,
¡la anciana todavía
su abrumadora soledad lloraba!
¡Bien hacía en llorar! Cuando un consuelo
tarda en venir del cielo,
y un corazón honrado está oprimido
y ahogándose en un mar de amargas penas,
¡ as lágrimas, son buenas
para alcanzar el bienestar perdido!
¡Cuántas veces no puede dar la ciencia
alivio á una dolencia
que el corazón nos llena de amargura
y el alma invade de inquietud y espanto,
y un abundante llanto
en su lugar nuestros pesares cura!
Por eso yo, de aquellos desdichados
que solos y olvidados
alrededor del fuego contemplaba,
si el dolor de los tres compadecía,
por la madre, temía
mucho menos quizás... ¡ porque llorabe!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

REVISTA DE LA QUINCENA

La cuestión de Cuba se presenta en estos instantes verdaderamente comprometedora, ya se mire á la actitud en que se ha colocado el pueblo de la Unión americana, ya se mire á la actitud con que va respondiendo el pueblo español á los insultos groseros que del Senado yankee ha recibido. El Senado de Washington, no sólo ha aprobado por una gran mayoría el reconocimiento de beligerantes á los insurrectos de Cuba, sino que al emitir sus votos, ha sancionado los denigrantes é injuriosos calificativos que á la nación española, al Gobernador General de Cuba, D. Valeriano Weyler, han aplicado los oradores de aquella Cámara compuesta de aventureros y de ricos improvisados. Y como España, en sus relaciones internacionales, ningún acto ha realizado

que haya podido molestar en lo más mínimo al pueblo Norte-americano, sino que, por el contrario, siempre ha procedido con corrección exquisita, con excesiva delicadeza, y hasta con inmotivada deferencia, de aquí la indignación inmensa que en todos los pechos españoles han levantado las descorteses y humillantes expectoraciones que han lanzado los yankees al rostro del noble y digno pueblo que sacó las Américas de la degradación de la barbarie y de los horrores del salvajismo. En todas las ciudades de España se ha protestado enérgicamente contra la conducta injusta, infundada é irritante del Senado norte-americano; y gracias á la sensatez de los manifestantes y á la vigilancia de las autoridades, se ha logrado que la indignación pública no devolviera á los yankees ofensa por ofensa, insulto por insulto, afrenta por afrenta.

El mero hecho del reconocimiento de la beligerancia á favor de las hordas salvajes capitaneados por el traidor Gómez y por el mulato Maceo, constituía ya una ofensa á la Nación española. Declarar á la faz del mundo civilizado que iguales consideraciones y respetos merecen los trashumantes manigüeros que á salto de mata huyen de nuestras columnas, sin tener un palmo de terreno donde sea reconocida su soberanía, que el Estado español que impera, dirige y ejerce su dominio en todas las poblaciones de la Isla; reconocer iguales derechos á esas partidas de foragidos que incendian, saquean, asesinan, devastan cuanto hallan al paso, valiéndose del petróleo y de la dinamita, que al ejército español, modelo de disciplina, de generosidad y de hidalguía; esa declaración y ese reconocimiento, sin pretexto alguno que los haya precipitado, constituyen por sí solos un insulto á la Nación española, cuyos derechos se desconocen, cuya dignidad se menosprecia, cuyo honor se pisotea. Pero calificar de bárbaros á los españoles, excluirlos del concierto armónico de los pueblos cultos, invocar contra su modo de ser los fueros sacratísimos de la humanidad ultrajada, llamar sanguinario y asesino al ilustre general á quien la Nación acaba de confiar el honor de su inmaculada bandera, y todo esto, única y exclusivamente por el jactancioso alarde de creerse los yankees un pueblo rico y poderoso, más rico y poderoso que el pueblo español, ese proceder, sin precedentes en las relaciones internacionales de los pueblos civilizados, es tan arbitrario, tan injusto, tan vergonzoso, que más rebaja y humilla al agresor que al agredido, más deshonra al que pretende inferir la afrenta, que al que no puso ocasión ni pretexto para ser afrentado.

Esa conducta de la Unión americana crea á los españoles una situación dificilísima. Un individuo puede perdonar y disimular una afrenta: una nación debe siempre defender su decoro. Los Estados Unidos han insultado á España; España tiene el derecho y el deber de pedir una reparación que deje á salvo su honor. Si

España fuera bastante poderosa para tomarse esa satisfacción, no sería el caso de pedirla, sino de exigirla, y no lográndola, debía tomarla aun apelando á las armas; pero dada nuestra debilidad relativa, habida cuenta de nuestra pobreza nacional, y sobre todo, teniendo presente la división que puede esterilizar nuestros esfuerzos y sacrificios, la prudencia aconseja que se agoten todos los medios pacíficos para que sea reparada la ofensa que se nos ha inferido. Dudamos, vistas las costumbres internacionales de la Unión americana, que el Gobierno de la gran República se acomode á desagraviar á la Nación española, hasta donde la justicia y las conveniencias diplomáticas exigen; pero también creemos que no hemos de cegarnos hasta el extremo de hacer el negocio de nuestros mismos adversarios. Bien claro lo han dicho éstos: quieren la guerra con España, para expulsarla de la Américas. Y si de veras quieren la guerra, indudablemente que la guerra estallará.

Debemos, por lo tanto, prevenirnos los españoles. La insurrección de Cuba, hágase lo que se quiera, no puede ser prontamente sofocada, y ella nos ha de acarrear un rompimiento inevitable con los Estados Unidos. El Senado ha reconocido ya la beligerancia de los insurrectos; la reconocerá también el Congreso, y el Poder ejecutivo la decretará, después de haber vacilado más ó menos. Pero esa beligerancia, si puede convenir á los insurrectos, por la fuerza moral que les otorga, ha de ser altamente perjudicable al pueblo de los Estados Unidos, que es el que principalmente comercia con los productos cubanos. Rigiendo la beligerancia, puede España declarar bloqueados los puertos de la Isla para los buques procedentes de los Estados del Norte; ejercerá el derecho de visita en aguas jurisdiccionales sobre todos los buques norte-americanos, y podrá confiscar los buques y los cargamentos que tengan relación con los insurrectos. Claro está que será imposible el comercio activo que hoy media entre Cuba y los Estados Unidos, y que éstos han de experimentar grandes quebrantos en sus intereses materiales, sin que en gran cosa puedan auxiliar á los mambises. Pero es el caso que el recocimiento de la beligerancia, además de los derechos que á España otorga sobre los buques procedentes de la Unión americana, impone al Gobierno de esta Nación una neutralidad absoluta entre ambos contendientes, la misma que deben guardar todos los Estados entre dos naciones que se hallan en guerra.

Pero no somos tan candorosos que lleguemos hasta la ilusión de que, dado el régimen de la beligerancia, se atengan los Estados Unidos á la neutralidad impuesta por el derecho internacional. Tenemos por seguro que favorecerán abiertamente á las partidas rebeldes; que continuarán usando un lenguaje agresivo contra España; que el derecho de visita ocasionará protes-

tas y reclamaciones injustas; y una de dos, ó hemos de someternos á las humillantes imposiciones de la Unión americana, ó tendremos que defender con las armas nuestros derechos. Si este caso desgraciado llega, y llegará si Dios misericordiosamente no lo remedia, España puede luchar con gloria, y aún entendemos que más perjudicial ha de ser á los yankees que á los españoles, esa guerra que tan imprudentemente quieren provocar los Estados Unidos. Mas como en ella nada hemos de ganar los españoles, y aun exponemos nuestras escuadras y nuestras colonias, deber es de todo buen español prestar su apoyo al Gobierno, para que éste pueda sortear los conflictos actuales y los más ásperos que á no tardar deberán presentarse, dejando siempre á salvo los derechos y la dignidad de la patria.

***

Mucho se ha hablado en estos días, con ocasión del conflicto promovido por la intemperancia del Senado de Washington, de la necesidad en que España se encuentra de buscar aliados entre las grandes potencias europeas. Cierto que mucho se aplacarían las arrogancias yankees, si España contara con la cooperación de un aliado poderoso. Pero la verdad es que nuestra política de neutralidad, impuesta por el estado enteco de nuestra Hacienda, sólo nos permitirá contar con las simpatías, pero no con las escuadras ni con los ejércitos de las demás Naciones, las cuales nos ofrecerán su mediación amistosa para conjurar el peligro de un conflicto bélico, pero nos dejarán abandonados á nuestras fuerzas el día que ese conflicto se haya hecho inevitable. Sólo en el caso de que alguna Potencia tuviera interés inmediato en que conserváramos nuestra dominación antillana, y creyera servir á sus propios intereses ayudándonos á mantener los nuestros, podríamos esperar una cooperación efectiva. Ningún Estado está hoy dispuesto á correr los albures de una guerra, sino en propio beneficio; pero nó en defensa de la justicia ultrajada, ni de la moral escarnecida. Si la cuestión de Venezuela volviera á agriarse por una causa cualquiera, y viera la Inglaterra empeñado al pueblo yankee en una guerra con España, entonces indudablemente que los ingleses se aliarían con los españoles, para juntos abatir mejor el orgullo de los norte-americanos; pero bien se ve que en ese caso Inglaterra atendería á su provecho, aunque secundariamente trabajara por el nuestro. Mas no habiendo un interés inmediato de por medio, es inútil que esperemos el concurso de ninguna Potencia, fuera del terreno de las negociaciones diplomáticas.

Mas tenemos por muy difícil, ya que no imposible, el que los Estados Unidos, después de haber reconocido oficialmente la beligerancia de los separatistas cubanos, permitan al decoro y lim-

pia historia de nuestra nación, mantenerse en aquel terreno de una paz digna y honrosa; y de aquí el deber de nuestros gobernantes de estar aparejados para hacer frente, con nuestras propias fuerzas, á los azares de una guerra inevitable. Que no se omita medio alguno para evitarla, ó para alejarla, si otra cosa no es posible; pero al mismo tiempo que se procure la paz por todos los caminos transitables, dispóngase todo para el día que la trompa bélica llame á los españoles á la defensa de su dignidad y de su patria. Los Estados Unidos no son una nación belicosa: sus escuadras no son superiores á las nuestras; su ejército no vale lo que el nuestro; sólo nos sobrepujan en hombres y dinero. Pero si de nuestra parte no damos motivo ni pretexto para una guerra, y ésta sobreviene á pesar de nuestros buenos oficios, y sólo por el querer de los yankees, el patriotismo de nuestros conciudadanos suplirá el número y la riqueza en que aquellos nos llevan ventaja, y la divina Providencia no permitirá que la razón y la justicia sean villanamente conculcadas.

Además de que una guerra provocada en las circunstancias en que quieren promoverla los Estados Unidos, es decir, para sacar triunfante la doctrina de Monroe, es de todo punto imposible que, si dura algún tiempo, no haga surgir otros conflictos parecidos en las colonias europeas de América. Lo probable es que si España se vé precisada á defender su poderío colonial contra el americanismo de los Estados Unidos, se vean constreñidas muy pronto á adoptar iguales temperamentos de fuerza Inglaterra, Francia y Holanda. Porque si en virtud de la doctrina de Monroe se levantan en armas los cubanos y la Unión americana se declara en el derecho y deber de patrocinarlos, en virtud de esa misma doctrina reclamarán la independencia las demás colonias europeas y exigirán á los Estados del Norte igual protección y auxilio. Y este es el único caso en que puede España contar con valiosas alianzas para mantener su soberanía en Cuba. De esperar es que nuestros diplomáticos y estadistas no perderán de vista la solidaridad que existe sobre nuestros intereses coloniales y los intereses coloniales de Inglaterra, Francia y Holanda.

***

Francia está atravesando una crisis aguda y honda, tan grave, que la gravedad mantiene en el poder al Ministerio Bourgeois. Este ha sido derrotado dos veces consecutivas en el Senado, y á continuación otra vez en el Parlamento al nombrar la Comisión de Presupuestos. Cualquiera otro Gabinete que no fuera tan radical como el que empuña las riendas del gobierno de Francia, hubiera presentado la dimisión con carácter irrevocable. Pero Bourgeois, que hace pocos días se alabó en un discur-

so político de gobernar en nombre de la francmasonería, contando sin duda con el apoyo incondicional de todas las sectas secretas y de todas las fracciones socialistas y anarquistas, se mantiene en su puesto, á pesar de la votación contraria de ambas Cámaras, y pretende gobernar, á pesar de su liberalismo radical, contra los deseos de la Nación manifestados por medio de sus representantes. El Presidente Faure, viaja en la actualidad y es objeto de populares ovaciones y al parecer no da gran importancia á las votaciones contrarias con que ha sido castigado el radicalismo de su Gobierno. Bien puede hacerse del distraído el Presidente Mr. Felix Faure; porque, á la verdad, si Bourgeois se empeña en no abandonar el poder, se mantendrá en él mediante el apoyo de todos los elementos revolucionarios, cualesquiera sean las preferencias políticas del Presidente de la República. Este se vé precisado á gobernar con Mr. Bourgeois ó llamar á los conservadores: la continuación de aquél en el poder supone el triunfo del socialismo; la caída del Ministerio implica la derrota de los socialistas. ¿Qué puede hacer en estas circunstancias Mr. Felix Faure? Ni puede consentir en el entronizamiento del socialismo; ni tiene fuerza y prestigio para dominarlo. Por esto creemos que lo mejor para Faure es... pasear y distraerse. Lo más problable es que la situación nebulosa que Francia atraviesa se despeje por una especie de golpe de Estado, que acaso provenga de Bourgeois y de las turbas revolucionarias contra las Cámaras, ó acaso de la fuerza armada contra el Ministerio y la revolución por él representada. Como quiera que esto sea, lo cierto es que el Gabinete se ha declarado el porta-estandarte de la masonería y del socialismo, y que ambas Cámaras han significado su oposición abierta á las tendencias y proyectos socialistas del Ministerio. ¿Capitularán éstas ante la voluntad del Ministerio? Mientras se busca solución al conflicto, Mr. Felix Faure es objeto de grandes aclamaciones en Lyón y Tolón: se pasea y se divierte.

*
* *

Por fin ha zarpado de Nápoles, después de revistada por Humberto I, la expedición militar italiana que debe operar en Eritrea, donde es cada día más comprometida la situación del General Barattieri y del ejército que lucha á sus órdenes. En honor de la verdad debemos decir que la despedida hecha á las tropas expedicionarias, oficialmente considerada, ha sido solemne é imponente; pero no se ha dado ese entusiasmo que acompañó á las tropas españolas al embarcarse para Cuba. Debe atribuirse esta diferencia á que la campaña que nosotros sostenemos en la mayor de las Antillas es verdaderamente popular, ya que todos los españoles desean conservar la soberanía en las colonias an-

tillanas; mientras que la campaña iniciada por los italianos en la costa oriental del Africa, es poco simpática á la Nación italiana, la cual prevé que ha de invertir tesoros cuantiosos de sangre y dinero, para obtener exiguos resultados. La inmensa mayoría de los italianos desea que los desastres recibidos obtengan una reparación completa, y que, á costa de cualquier sacrificio, quede lavada la mancha extendida por el Negus sobre la bandera italiana, pero también desea que el Gobierno se abstenga de empresas ambiciosas de éxito problemático. Y como Crispi, impulsado por la megalomanía que le domina, sueña con un imperio colonial en la parte oriental del Africa, teme el pueblo italiano que el Gobierno se lance á aventuras temerarias que comprometan el honor y los intereses nacionales. De aquí la frialdad con que han sido despedidas las tropas que Italia manda á la colonia de Eritrea.

***

Las relaciones entre San Petersburgo y Constantinopla van estrechándose de día en día, y bien puede decirse que en la actualidad son cordiales. A la triple alianza de Alemania, Austria é Italia, ha opuesto el Czar la triple alianza de Rusia, Francia y Turquía. Inglaterra permanece neutral, sin ladearse ni á una ni á otra. No quiere aliarse con la antigua tríplice, porque la Francia ha de trabajar con ahinco para desalojarla de Egipto desde que se una á la Alemania; no puede aliarse con la nueva alianza franco-ruso-turca, porque en Rusia halla la eterna rival de sus cuantiosísimos intereses de Oriente. Su apoyo es solicitado principalmente por la tríplice del centro, y Guillermo II no ha perdido la esperanza de hacer abandonar á los ingleses su cómoda neutralidad, á cambio del apoyo que recibiría contra Francia en Egipto y contra Rusia en Oriente. Ya en Constantinopla deja de predominar la influencia inglesa; ya en los Principados Danubianos se ha restablecido la antigua prepotencia moscowita; ya en el extremo Oriente ha cedido el puesto al Oso del Norte el Leopardo británico. Todo lo cual demuestra á las claras que Rusia se engrandece á costa de la Gran Bretaña. Y aunque este engrandecimiento de Rusia perjudica á la hegemonía que Alemania venía ejerciendo sobre la Europa, no obstante debe resignarse á ello, porque la tríplice, sin las escuadras británicas, no puede oponerse á la prepotencia de Rusia, Francia y Turquía.

E. Ll.